



Pan, arepas y casabe

En Venezuela no es difícil sentarse a la mesa y encontrar una cesta con pan, arepas y casabe, para acompañar el hervido, el mondongo, la hallaca o el pabellón. Los negros, los indios y los blancos venezolanos rezamos juntos el mismo padrenuestro y bailamos al son del joropo, de tambor, del polo o del vals. Hemos mostrado al mundo, con igual éxito, catiras, negras, indias y achocolatadas, como representantes genuinas de la belleza venezolana. En las pasarelas de los Campos Eliseos, suelen admirarse los modelos más exquisitos en el porte de una bella wayú venezolana y en los aposentos de los Reyes de España debe haber, sin duda, algún chinchorro, alguna hamaca o algún tapiz tejidos en los talleres de nuestros indígenas. Junto a los símbolos de la patria, nuestra condición mestiza es uno de los pocos factores que nos integran y definen como Nación.

Al mestizaje, como textura social propia de nuestro país, a mediados de siglo se juntó nuestra condición de país petrolero, lo cual produjo, entre 1936 y 1960, las migraciones internas más intensas que se conocen en Latinoamérica. Nuestras principales ciudades se llenaron de andinos, orientales, maracuchos, españoles, portugueses,

libaneses, italianos y canarios. Toda esa amalgama de costumbres, sin duda, nos han enriquecido y nos caracterizan frente al mundo como un país amplio donde hombres de todas las latitudes han encontrado un espacio para desarrollarse, sin temer a discriminaciones por sus creencias, por el color de la piel, por el acento con suelen hablar el castellano.

En el marco de la Asamblea Constituyente, y aún en labios del negro Aristóbulu, resultan profundamente reaccionarias las excusas demagógicas a nuestras etnias indígenas por quinientos años de abandono. Nadie duda que en Venezuela, al igual que en otros países del Tercer Mundo, existe una profunda desarticulación, pero, entre nosotros, ella no encuentra su razón de ser en factores de raza; se trata más bien de las consecuencias sociales y económicas de nuestro modelo de desarrollo. Los indígenas venezolanos no devienen su condición marginal, ni de su raza, ni de sus costumbres. Ellos sufren del mismo abandono y de la misma condición marginal en que se encuentra la mitad del territorio y de la población como producto de nuestros errores y de un modelo de desarrollo que se articula en función de circunstancias exter-

nas y que no ha logrado diversificar el proceso de modernización. Los indígenas, al igual que los negros de Barlovento, o que los blancos andinos, se encuentran atrapados en el doble circuito de la economía informal, de la agricultura de subsistencia, de los espacios vacíos, junto a la economía de mercado, las altas tecnologías, la agroindustria y las aglomeraciones urbanas.

Flaco servicio le hacemos al país tratando artificialmente de identificar una supuesta diversidad de culturas y de raza, para ponernos a tono con realidades que no son propias y para sumar a nuestras calamidades ésta de nuevo cuño, que trata de arroparse con un supuesto reconocimiento a la diversidad, o quizás mejor, al pluralismo étnico. La defensa contra una globalización que pretenda disolver nuestras características como pueblo está en tratar de identificar lo que nos define e identifica, en unir a nuestra integración racial, la integración económica y social, que nos permita a cada venezolano disfrutar cada día del pan, la arepa y el casabe.

ARMANDO GABALDÓN DOMÍNGUEZ
Abogado